

ALLI LA VIEJA GRANJA

... soltóse el blanco
cendal y huyó desnudo.
GABRIEL MIRÓ

Es noche de nisán, fría de luna,
constelada en la paz y la inocencia
de un profeta,
de un rabí.
Horizonte de oteros y majadas,
aullidos lastimeros,
ácimos panes
y premonitorios
quebrantos, en una vieja almazara
de Getsemaní.

Es noche de congojas
y amargos trances,
de cardos traicioneros y abandonos
cobardes y humillantes,
de profunda tristeza y soledad de muerte,
ya lejos del tabor de aquellos días triunfales.

Tres discípulos le siguen
—talares brisas de quietud entre los cactos—
hacia un huerto de olivos y zarzales,
de calcinada arquitectura
e intenso olor a heno,
a breña
y granja
de hinojos, yerbas y tozales.

Allí se apresta el alma del maestro
entre cálidos troncos de higueras retoñadas
y cepas renacientes,
a desgarrar la terne faz del cielo
con un grito de angustia prolongada
en sudores de hielo.

Allí presagios de abatidos estertores,
que a toques de trompeta, a cuatro vientos,
anuncian la agonía
universal y salvadora que restaña
pasiones y dolores, en horas del silencio.

Allí vértigo, sueño, alborada de injusticias
que fugaces y heridas de luz entre tinieblas,
satúranse de un mundo crispado en sus verdades,
de volátil esplendor y míseras cenizas,
de hipócritas silencios convenidos.

Allí se apura, indeseado, el cáliz
de abyectos sinsabores y dobleces,
colmado de inmundicias corrosivas,
farisaicas deserciones
de cierta canalla decente.
Allí injusticia a seres marginales
sin más techo ni lecho, a veces,
que ese mundo singular
de randas
y ramplones,
flipados hasta el síndrome,
hasta las hieles.

En manos de la turba
y a cambio de unos míseros denarios
apesta el huerto a traición de amigos;
a alientos de infortunio,
que holocaustan la sed del infinito.
Allí se huele a olvido
y se atumulta el miedo en mil pupilas
–imposible ecuación del amor-remordimiento–.

Allí la identidad diferenciada
de frágil primavera
de un pastor, que en la majada
recoge sus ovejas
de terror abatidas y dispersas.

En fin, allí fue el huerto,
allí
retiemblan todavía
las piedras que se otoñan
de la granja enmohecida
de Getsemaní,
en el cedrón desierto.

Andrés Calvo Guardiola